



Departamento de Filosofía y Ética  
División de Humanidades y Ciencias Sociales  
Escuela de Negocios, Ciencias Sociales y Humanidades

Este folio de escritos breves representa un esfuerzo de divulgación periódica  
con la intención de poner la reflexión ética al alcance de todos.  
<http://gacetaethos.blogspot.com/>

## “Reflexiones sobre la utopía”



### La utopía como factor de paz y de violencia

Por Nicolás Foucras

[nicolas.foucras@itesm.mx](mailto:nicolas.foucras@itesm.mx)

Tradicionalmente en América Latina la utopía, definida por Tomás Moro como un “lugar ilocalizable en ningún sitio”, ha permitido el mantenimiento de la paz social impidiendo el egoísmo y la depredación. Creando un imaginario común y produciendo esperanzas, la utopía ha favorecido el entendimiento social, cada individuo actuando con vista a un proyecto común en un mismo espacio territorial.

El contexto recurrente de fuerte incertidumbre, vulnerabilidad y precariedad se ha prestado mucho para la construcción mental de un “otro mundo” con altas expectativas; el sueño colectivo libera de la percepción de injusticia. La Utopía ofrece la ilusión de un cambio posible, permitiendo canalizar y aliviar la furia de la indignancia del pueblo.

Por otra parte la fuerte atomización socio-económica ha dificultado la construcción de una identidad común. La Nación se ha vuelto un mito alimentado y mantenido por el mismo Estado en búsqueda de legitimidad. La falta de sentimiento de interdependencia mutua y de referentes comunes naturales ha requerido de un ente capaz de generar una esperanza colectiva entre individuos que no se conocen, y que no interactúan, con el fin de garantizar un entorno estable y justificar una unión nacional. El paradigma nacional se ha desarrollado descartando las diferencias, y es este mismo imaginario colectivo que ha permitido la vida social, política, cultural y económica. Lo interesante es que este esquema se ha mantenido como un orden inexorable a pesar del déficit de gobernabilidad y de la adopción de modelos reproduciendo la injusticia.

La balcanización social es responsable del mantenimiento de la imposición desde las esferas del poder de un imaginario colectivo para todos y favoreciendo el *statu-quo*; no ha permitido la construcción democrática de un marco utópico o proyecto de nación sostenible. Pero entonces, ¿quién genera y alimenta el imaginario? Numerosos poderes (religiosos, militares o caciques locales) han competido a lo largo

de la historia formulando promesas de un mundo mejor con el fin de legitimarse. Desde el Presidente Juárez el Estado se ha vuelto poco a poco el productor y administrador de los referentes nacionales, principalmente a través del marco normativo, permitiendo la integración técnica de la sociedad a su alrededor. En los década de 1980 llegó al poder una alianza, promovida por el mercado global, implementando una doble utopía neoliberal y democrática. En este nuevo imaginario, la idea de un pacto social solidario se volvió un sub-producto del buen funcionamiento del mercado transnacional.

¿Por qué la utopía es el resultado de una construcción no-democrática y a menudo proveniente de otros horizontes geográficos? La falta de cohesión social, y por ende el déficit ciudadano, no permite el surgimiento de contra-pesos colectivos para modelar una ideología más cercana a las realidades vividas. Además, la cultura del pragmatismo y de la resignación no ha ayudado la conciliación entre el imaginario impuesto y las existencias. La historia esta percibida como un proceso gobernado por Dios o la Fortuna donde la vida está determinada por unas fuerzas divinas, omnipotentes e incontrolables (Baltonado 2007). Este contexto prepara las mentes a un poder actuando caprichosamente y tiende a legitimar la arbitrariedad. Es interesante observar que el marco de referencia para la acción humana, la libertad y los deseos se encuentran canalizados *per se* por la ideología o utopía impuesta. En estas circunstancias, el imaginario colectivo fácilmente puede servir a los intereses particulares que buscan producirlo o importarlo sin ajustarlo a las premisas nacionales. En fin, la construcción utópica parece resultar de una racionalidad técnica e instrumental descartando la racionalidad ética-humanista.

Hoy el panorama está cambiando y la sociedad ya no acepta la brecha que la separa de los sueños. La tendencia al empoderamiento anárquico del individuo (dominio del “yo”), alimentado por las utopías democráticas y neoliberales, abre la caja de pandora creando referentes/deseos individuales extremadamente altos e inmediatos en una sociedad sin tejido socio-económico consolidado. La americanización ha derrumbado la frontera mental

con los referentes de una sociedad ultra-consumista incrementando la percepción de alta precariedad de los individuos. Paralelamente, se está diluyendo la cultura tradicional de la resignación que era la condición de la estabilidad anterior y del reconocimiento de los modelos utópicos estatales. Surge una incontrollable frustración y tensión; los precarios y vulnerables ya no aceptan la percepción de injusticia de su condición.

El Estado, por su incapacidad de responder a la inflación de demandas y expectativas cortoplacistas generadas por las utopías modernas, pierde credibilidad, legitimidad y control socio-territorial. Hoy surgen importantes vacíos políticos y muchos sectores sociales viven en una relación de exterioridad al Estado; estamos viviendo un proceso refeudalización (Olvera 2007). Gran parte de la población busca soluciones fuera de la estructura estatal, principalmente a través de la economía informal, la migración y el crimen organizado. De nuevo, muchos actores competidores al Estado están construyendo referentes utópicos cada vez más prometedores de un bienestar material cortoplacista favoreciendo la inseguridad que vivimos.

Se ha vuelto necesario entrar en una era de modernización social para generar valores comunes a partir de los cuales se fortalecerá la identidad colectiva y así poder guiar la construcción de proyectos comunes que nos gobiernan garantizando una paz duradera. Como académicos nos corresponde encabezar esta responsabilidad social del comunitarismo derrumbando los muros físicos y mentales en lugar de fortalecerlos. No podemos ser actores pasivos siguiendo el marco ideológico preestablecido; es nuestro deber como líderes sociales modelarlo y guiarlo para que pueda producir las acciones y deseos propicios para la concordia.



## **Pensar la esperanza como lo posible**

Por Dora Elvira García

[dora.garcia@itesm.mx](mailto:dora.garcia@itesm.mx)

En un año de grandes festejos la pregunta obligada se orienta a cuestionar si cabe todavía pensar en la posibilidad de un mundo -para nosotros los mexicanos- que pudiera ser mejor. ¿Es posible todavía pensar en torno de aquellos elementos que nos impulsen hacia el futuro para vislumbrar la posibilidad esperanzadora de alcanzar la justicia?

Es cierto que las formas de construirnos en la lucha cotidiana van modelando nuestra conformación moral. Ésta última ha de entenderse a partir del funcionamiento de todos aquellos recursos que tienen un carácter pedagógico que al formarnos e impulsarnos a pensar en algo mejor en relación con lo que existe, nos incita a ver su sentido moral. Tales recursos nos permiten imaginar situaciones diferentes y mejores en la búsqueda de la justicia y de lo bueno en

los ámbitos social, político, cultural y económico en una sociedad profundamente deudora de situaciones justas. Imaginar no es inventar fantasmagorías sino pensar "como si"; es hacer "presente lo ausente" en aras de vivir mejor; es postular mejores situaciones viéndolas como ideales que van regulando nuestras vidas para alcanzar la reintegración de la dignidad, la conquista de la felicidad y la consecución de la justicia.

Pensar la esperanza en el marco de lo posible nos obliga a reconceptualizar su pertinencia y su posibilidad en un espacio-temporal como el que vivimos y en el que abundan la sinrazón, la violencia y la injusticia.

De ahí que sea obligado debatir sobre la posibilidad de pensar y esperar un mundo mejor. Asimismo, es posible deliberar sobre cómo frente a tal violencia y tal sinrazón, y frente al absurdo de inhumanidad que corroe al mundo contemporáneo es posible mantener una creencia en la perfectibilidad humana o en la pretensión de una sociedad mejor por más justa. Así, pensar en lo que es esperable es apuntar al futuro y en todo caso a la esperanza en forma de proyecto, como una cuestión fundamentalmente ética. Sólo así podremos generar situaciones que nos permitan vivir más humanamente, más justamente y más libremente, al alcanzar los fines más deseables, en tanto fines universalizables para todas las personas.

A pesar de enfrentarnos diariamente a situaciones inaceptables, nos resistimos con gran tozudez a promover los cambios que resultan ya ineludibles. La evidencia del escepticismo -propio de una época como la que estamos viviendo- hace desfallecer las propuestas esperanzadoras de una humanidad que se muestra exhausta. La cuestión en torno a la renuncia de esperar un mejor estado de cosas no puede obviarse ni debe decaer, so pena de continuar con el recurrente menoscabo de lo humano. El abanico inmenso de las posibilidades de la condición humana es el motor para continuar nuestra lucha por alcanzar un mundo mejor, por lo que el espíritu de la utopía no puede menguar. En nosotros está la posibilidad porque somos "conciencia anticipadora", como lo adelantó Ernst Bloch. Esto significa no desfallecer y continuar "caminando erguidos" en la búsqueda de la realización de lo humano en un ánimo de construir una sociedad más justa, más comprometida, más solidaria y más esperanzada en el futuro. La exigencia impostergable de repensar críticamente las cuestiones humanas vinculadas con la ética y nuestro actuar en el mundo, con sus repercusiones en la vida común de quienes convivimos en un país como el nuestro, con sus peculiaridades y virtudes, pero también con sus vicios, nos obliga a tomar cartas en el asunto sin demora.

